



El monstruo se llamaba Bear: Obsession y la delgada línea entre el amor y la libertad

Lara Viñas



Hay una escena en *Obsession* que pasa casi desapercibida porque está envuelta en el lenguaje del cine de terror. Bear, un joven tímido y consumido por un amor no correspondido, encuentra el *One Wish Willow*, un árbol capaz de conceder un único deseo. Frente a él no pide riqueza, poder ni venganza. Pide algo que, a primera vista, parece profundamente humano: que Nikki lo ame. Sin embargo, ese instante marca el verdadero comienzo del horror. No porque intervenga un elemento sobrenatural, sino porque, desde ese momento, el amor deja de ser una elección y se convierte en una imposición.

Resulta difícil no pensar en otro fenómeno cultural que, dos años antes del estreno de la película, había ocupado las redes rosicales de todo el mundo. La pregunta era simple: “*Si estuvieras sola en un bosque, ¿preferirías encontrarte con un hombre o con un oso?*” La respuesta de miles de mujeres generó desconcierto, enojo y burlas. Para muchos, elegir al oso era una exageración; para otros, una provocación. Sin embargo, la vitalidad del debate no puede explicarse únicamente por la polémica. Si millones de personas participaron de la conversación fue porque aquella pregunta consiguió poner en palabras una experiencia colectiva vinculada al miedo.



El monstruo se llamaba Bear: *Obsession* y la delgada línea entre amor y la libertad. Quizás el error más frecuente consistió en interpretar el debate de manera literal. Nunca se trató de establecer qué opción ofrecía mayores probabilidades de supervivencia. El oso era una metáfora. La discusión apuntaba a otra cuestión: la diferencia entre un peligro cuya naturaleza conocemos y otro que puede ocultarse detrás de gestos cotidianos, de vínculos afectivos o incluso del lenguaje del amor.

En ese contexto, el nombre del protagonista de *Obsession* adquiere una fuerza simbólica imposible de ignorar. Bear significa, literalmente, “oso”. No sabemos si Curry Barker buscó establecer un diálogo con el fenómeno viral, pero la coincidencia permite una lectura sugerente. El personaje que lleva el nombre del animal termina encarnando aquello que el debate atribuía al hombre: la capacidad de convertir el afecto en una forma de dominio.

Lo mas inquietante de la película es que Bear nunca aparece como un monstruo. Barker evita construir un antagonista evidente. Bear es inseguro, solitario y emocionalmente frágil. El espectador comprende su dolor frente al rechazo y, por momentos, incluso desea que encuentre una forma de superar su sufrimiento. Esa elección narrativa resulta fundamental porque desplaza el terror desde la excepcionalidad hacia lo cotidiano. El problema no es enfrentarse a alguien manifiestamente malvado; el problema aparece cuando una necesidad afectiva comienza a justificar la eliminación de la libertad del otro.

El *One Wish Willow* no crea la obsesión de Bear. Simplemente le ofrece la posibilidad de llevarla hasta sus ultimas consecuencias. Nikki deja de amar porque así lo desea y comienza a hacerlo porque ya no puede elegir otra cosa. La película plantea entonces una pregunta profundamente filosófica: ¿puede seguir llamándose amor a un sentimiento que existe únicamente porque desapareció la posibilidad del rechazo?



El monstruo se llamaba Bear: Obsession y la delgada línea entre amor y la libertad

Es aquí donde la obra puede leerse desde Michel Foucault. Para el filósofo francés, el poder no se limita al uso de la fuerza o la violencia física. Su forma más eficaz consiste en moldear conductas, limitar posibilidades y producir sujetos que actúan conforme a una voluntad ajena sin necesidad de una coerción permanente. El poder alcanza su máxima expresión cuando deja de percibirse como imposición y comienza a experimentarse como algo natural.

La maldición que atraviesa Obsession funciona precisamente bajo esa lógica. Bear no necesita perseguir constantemente a Nikki ni obligarla mediante la violencia. El deseo concedido reorganiza su voluntad hasta hacer desaparecer cualquier alternativa. La libertad ya no es reprimida; simplemente deja de existir. El horror de la película no reside en el árbol ni en la magia, sino en la fantasía de ejercer un poder absoluto sobre la conciencia de otra persona.

Desde esa perspectiva, el debate del “hombre o el oso” adquiere un nuevo significado. La pregunta nunca fue una condena hacia todos los hombres ni una reivindicación absurda de los animales salvajes. Lo que reveló fue la existencia de un miedo específico: el temor a una forma de violencia que no siempre se presenta como violencia. Un oso puede atacar por instinto, por defensa o por supervivencia. No promete protección para luego ejercer control. No confunde la posesión con el afecto. El ser humano, en cambio, posee una capacidad exclusivamente social: puede transformar el amor en un mecanismo de dominación sin dejar de convencerse de que está actuando por amor.

Bear representa esa paradoja. Nunca cree estar haciendo algo monstruoso. Su deseo nace de una emoción legítima: querer ser amado. Lo que convierte esa emoción en una tragedia no es su intensidad, sino la decisión de eliminar la voluntad de Nikki para satisfacerla.



El monstruo se llamaba Bear: Obsession y la delgada línea entre amor y la libertad

El problema, entonces, no es el amor, sino la incapacidad de aceptar que el otro es libre incluso cuando esa libertad implique el rechazo.

Tal vez allí resida el verdadero acierto de Obsession. La película utiliza el terror sobrenatural para hablar de una inquietud profundamente contemporánea. En una época donde solemos asociar el poder con la fuerza física o la violencia explícita, Barker recuerda que existen formas mucho más silenciosas de dominación: aquellas que buscan apropiarse de la voluntad del otro bajo la apariencia del cuidado, la devoción o el amor.

Quizás por eso el debate del “oso o el hombre” continúa generando tanta incomodidad. Porque nunca habló realmente de animales. Habló de la incertidumbre, de la confianza y de la posibilidad de que aquello que parece afecto termine convirtiéndose en control. En ese sentido, la mayor ironía de Obsession no es que su protagonista se llame Bear. La verdadera ironía es que el personaje llamado “oso” jamás actúa como uno. El animal responde a su naturaleza. Bear, en cambio, toma una decisión. Y es precisamente esa capacidad de elegir convertir el amor en posesión la que hace de la película algo mucho más perturbador que una simple historia de terror.

